



PIOTR KURKIN A CHEJOV SOBRE *TÍO VANIA* (27 de octubre de 1899)

“¡Ah, esa última escena! ¡Qué bella! ¡Qué profundamente pensada! Me había fijado en ella en particular al leer la obra. [...] Ahora, todo alrededor me parece tan tedioso y aburrido... De verdad quisiera



comprender en qué reside el secreto del encantamiento de esa última escena –una última escena tras la cual uno tiene ganas de llorar, de llorar sin descanso. Por supuesto, no se trata de la moral que formula Sonia. Al contrario. Quizá mucha

gente hoy en día se sentirá repelida por esta moral; en algunos, quizá, hasta debilitará la impresión que causa. Se trata, a mi parecer, de la situación trágica de esos seres –lo trágico de esa vida cotidiana que vuelve ahora a su lugar, que vuelve para siempre y los ata para siempre. Y también se trata del hecho de que, aquí, el fuego del talento alumbró la vida y el alma de las gentes más sencillas y más ordinarias. Las calles están llenas de estas gentes sencillas, y cada uno de nosotros lleva en sí una parcela de estos seres. Por ello, al ver esa última escena, cuando todo el mundo se ha ido, cuando lo cotidiano interminable reina nuevamente, con los grillos, con los ábacos, etc., casi sentí un dolor físico y, me parecía, un dolor personal.”

LA COMPAÑÍA TEATRAL HUBERT DE BLANCK
PRESENTA

En el sesquicentenario de

Antón Chejov

Tío Vania

Dirección: Doris Gutiérrez



“EN LA GENTE, TODO DEBE SER HERMOSO: EL ROSTRO,
LAS ROPAS, EL ALMA, EL PENSAMIENTO” (Astrov)

“...VEREMOS CÓMO TODA LA MALDAD TERRESTRE,
TODOS NUESTROS SUFRIMIENTOS SE HUNDEN EN LA
MISERICORDIA QUE LLENARÁ TODO EL UNIVERSO, Y
NUESTRA VIDA SE VOLVERÁ CALMADA, TIERNA,
DULCE COMO UNA CARICIA” (Sonia)

REPARTO

Serebriakóv: JOSÉ RAMÓN VIGO

Elena: MARCELA GARCÍA o JUDITH CARREÑO

Sonia: GALIA GONZÁLEZ o ILSY PÉREZ

Tío Vania: CARLOS TRETO

Astrov: ALBERTO GONZÁLEZ

Marina: NANCY RODRIGUEZ

Tielieguin: NELSON RODRIGUEZ

María Vasílievna: DORIS GUTIÉRREZ

Mozo: DANIEL OLIVER

Guardián: EINAR GIL



«Yo no he conocido a nadie que sintiera el significado del trabajo como cimiento de la cultura, de un modo tan profundo y multilateral como Antón Pavlovich. [...] Le gustaba construir, cultivar los jardines, adornar la tierra, sentía la poesía del trabajo. ¡Con qué cuidado conmovedor observaba cómo crecían en su jardín los árboles frutales y los arbustos decorativos, plantados por él! Estando en gestiones para construir su casa de Aútka, me decía: “Si cada hombre hiciera en su pedazo de tierra todo lo que pudiera, ¡qué hermosa sería nuestra tierra!” »(Gorki sobre Chejov)

EQUIPO DE CREACIÓN

Asistente de dirección: LUIS JUAN ARENZOLA

Traducción y asesoría: VERÓNICA SPASSKAIA

Diseño de luces: MANOLO GARRIGA

Diseño de la banda sonora: JACQUES-FRANÇOIS BONALDI

Realización de la banda sonora: EUSEBIO BATULE

Espacio escénico y vestuario: DORIS GUTIÉRREZ
y LOS ACTORES

Diseño de maquillaje: JULIO DÍAZ

Producción: VIVIÁN BÁRZAGA y LOLY FERNÁNDEZ

Todas las fotos de tamaño reducido son documentos históricos de la primera puesta de *Tío Vania*, por Stanislavski, Teatro de Arte de Moscú (1899), con Stanislavski como Astrov, y Olga Knipper como Elena. La de la portada representa a Chejov leyendo *La Gaviota* (1898) a los actores del TAM; Stanislavski está a su derecha.

Toda la música (excepto la de balalaika, “Salavieï” y la “Dubínuska” final) es de Serguéi Rajmáninov

“Vi en estos días *Tío Vania* –la vi y lloré como una mujercita. Aun cuando disto mucho de ser un tipo nervioso, volví a casa anonadado, estremecido por su obra. Le escribí una larga carta y la rompí. No hay manera de escribir bien ni claramente lo que esa obra le hace brotar a uno en el alma, pero, al mirar a sus personajes, sentía eso: era como si me hubiesen serruchado en dos con una vieja sierra cuyos dientes cortan directamente el corazón, y éste se aprieta, grita, se agita. Para mí, es algo aterrador. **Su *Tío Vania* es una forma absolutamente nueva en el arte dramático**, un martillo con el cual usted golpea sobre los cráneos vacíos del público. [...] En el último acto de *Vania*, cuando el doctor, tras una larga pausa, habla del calor que debe reinar en África, empecé a temblar de entusiasmo ante su talento, y a temblar de miedo por la gente, por su vida, miserable, incolora. ¡Qué extraño golpe –y qué preciso- asestó usted! [...] *Tío Vania* y *La Gaviota* presentan un nuevo tipo de arte dramático en el cual el realismo se eleva al nivel de un símbolo espiritual, profundamente reflejado. [...] Al escuchar su obra, reflexionaba acerca de la vida sacrificada en provecho del ídolo, de la intrusión de la belleza en la vida miserable de los hombres, y de muchísimas cosas más, esenciales e importantes. Los demás dramas no conducen al hombre, partiendo de las realidades, a generalizaciones filosóficas –los suyos, sí.” (Gorki a Chejov, noviembre de 1898)



**“HAY QUE TENER FE EN LOS DEMÁS,
SINO NO SE PUEDE VIVIR” (Elena)**

*“Lo que los escritores de la nobleza reciben gratuitamente por derecho de nacimiento, la plebe lo compra a precio de su juventud. Trate pues de escribir la historia de un hombre joven, hijo de un siervo, antiguo boticario, chantre de la iglesia, bachiller, después estudiante, criado para doblar el lomo, para besar la mano del pope, cien veces azotado, corriendo, miserablemente calzado, para dar algunas lecciones particulares, sumiso a la idea de los otros, agradecido por cada pedazo de pan, pendenciero, amante de torturar a los animales, teniendo que aceptar con gratitud las comidas de los parientes ricos, hipócrita ante Dios y ante los hombres sin necesidad, simplemente por conciencia de su propia nulidad. Cuente pues cómo ese hombre trata de liberarse, gota a gota, del esclavo que hay en él y cómo, **despertándose un día**, se da cuenta que ya no es sangre de esclavo lo que corre por sus venas, sino sangre de un ser humano. **Si somos hombres, es para vencer en nosotros a la bestia.**”*

(Carta a Suvorin, 7 de enero de 1889.)



Antón Chéjov en 1899.

CHEJOV, ¿CANTOR DEL INMOVILISMO Y EL PESIMISMO?

Ya en 1925, cuando la Revolución de Octubre apenas tenía ocho años, Stanislavski se quejaba en *Mi Vida en el arte* del poco caso que en una Unión soviética en plena efervescencia se hacía de la obra de Antón Chejov: “[No] se entiende por qué a Chéjov se le considera como envejecido para nuestros tiempos, y por qué existe la opinión de que no hubiera podido comprender la Revolución y la nueva vida que se está creando.” Y achacaba ese casi desprecio al nuevo modo de enfocar las cosas en el escenario: “...una protesta efectista, teatral y enérgica; la acusación brusca arrojada a la cara de sus conciudadanos; las exigencias duras y amenazadoras”.

Por suerte, la queja de Stanislavski ya es obsoleta. Hoy en día, a ciento cincuenta años exactos de su natalicio (1860-1904), a Chejov se le reconoce como un “revolucionario”, como uno de los padres del teatro contemporáneo, y sus cinco grandes obras (maestras) no bajan de los escenarios del mundo.

En La Habana, en cambio, no han subido mucho... De 1936 a 1960, sólo *La Gaviota* (1943), *Tío Vania* (1954) y *El Jardín de los Cerezos* (1960). Curiosamente, ni en los treinta años durante los cuales Cuba tuvo nexos muy estrechos con la URSS, Chejov gozó de favor. Luego, se montaron *Las tres hermanas*, *La Gaviota*... y se vió al *Jardín de los Cerezos* por el Teatro de Arte de Moscú.

Casi tres generaciones de cubanos desconocen por lo tanto lo que pasa, durante una especie de “huis clos” veraniego entre ocho personajes, en la hacienda donde el tío Vanía y su sobrina Sonia, quienes la trabajan, ven llegar e instalarse al padre de ésta, el ilustre profesor Serebriakóv -cuyo primera esposa era la hermana de Vania- y a su segunda mujer, Elena, joven, bella, “oscuro objeto del deseo”. Gravitan alrededor de ese núcleo central un médico, Astrov, en cierto modo el doble de Chejov; María, la madre de Vania, una feminista empedernida; Tielieguin, un terrateniente arruinado que vive y trabaja en la hacienda, y Marina, la nana.

De las peripecias, no hablaré. Sino de sus personajes, tan cercanos a nosotros, todavía, y por eso mismo tan conmovedores. Seres heridos por su vida mediocre, vapuleados por los “golpes del destino”, como dice Astrov, el doctor filósofo de *Tío Vania*... No son héroes (una de las “revoluciones de Chejov” es justamente haberlos desterrado de los escenarios occidentales) que se enfrentan a brazo partido con el destino, no son San Jorge derribando al dragón: ¡oh, no!, son como usted y yo, cínicos sin darse cuenta, tiernos a destiempo, crueles sin quererlo, cobardes cuando quieren ser duros, bruscos cuando deberían ser dulces, buscando afanosamente la felicidad aquí abajo, pero sin

«La mera idea de un teatro “popular” y una literatura « popular » es una tontería y una golosina para el pueblo. Debemos, no rebajar a Gogol hasta el pueblo, sino elevar al pueblo hasta Gogol.» (Chejov)

saber a ciencias ciertas cómo se hace ni dónde se esconde esa escurridiza! Nos conmueven por sus insatisfacciones, que son tan nuestras, pero nos irritan sobremanera por sus debilidades, sus apocamientos, y porque nos tienden un espejo en que nos vemos a nosotros mismos con demasiada claridad.

Son personajes frustrados, aparentemente incapaces de hacer nada para que algo cambie en su cotidiano, es cierto, pero también no paran de evocar, sobre todo los años futuros, hasta los milenios por venir, en los cuales suponen que todo será mejor. Y eso se llama esperanza, ansia de felicidad. Poderosa motivación del ser humano esa tensión hacia algo mejor...

Y cuando la copa de amarguras desborda, también son capaces a su manera de sacudirse. En eso también son nuestros semejantes.

No develaré el desenlace de *Tío Vania*, en el cual buena parte de los comentaristas ve “una tempestad en un vaso de agua”, afirmando rotundamente que todo vuelve a lo de antes en la hacienda, que nada cambió. ¡Curiosa lectura, que toma las apariencias por la realidad!

Porque hay otra, que surge de manera inconfundible apenas uno escarba y profundiza. Un tío Vania que tomó conciencia de su situación frente al profesor e hizo el gesto que se verá en la obra, ¿puede de verdad ser el mismo de antes y vivir a partir de ahora como si nada hubiera pasado? Una Sonia que descubre la verdadera naturaleza de un padre a quien apenas conoce y se le enfrenta en el momento álgido de la obra, ¿seguirá siendo la misma? Un Serebriakóv, tras sufrir lo que sufre y ser obligado contra su voluntad a tomar la decisión que toma, ¿seguirá pensando igual? Una Elena, que se atreve a un gesto de ruptura antes inconcebible, ¿seguirá siendo de verdad la mujer que vimos? ¿Quién sabe si no será capaz entonces, tal como le invitó Sonia, de ir a “enseñar a niños, atender enfermos”?

¡Como si la rebeldía frente a la explotación o a su propio destino no fuera un acto que marca para siempre a los Prometeos! Pese al eventual fracaso... No, lo que pasó en la hacienda en esos meses de verano no ha dejado a nadie indemne: el orden que parecía perenne se ha estremecido en sus cimientos, de la misma manera que en la Rusia aletargada que Chejov (igual que su doble Astrov) odiaba tan profundamente se desencadenará apenas una decena de años más tarde una de las aventuras más impresionantes, pese a sus manchas, de la historia del hombre en su voluntad de cambiar la vida.

Sí, Chejov es quizá mucho más de lo que se ha visto en él hasta entonces. Y “Dubínuska”, esa canción de trabajo compuesta en 1865 por los populistas y que la Revolución de Octubre adoptará como suya, no desentona en nada en este enfoque de *Tío Vania*...

Jacques-François Bonaldi



Tío Vania contiene lo que pudiera llamarse el **primer Manifiesto Ecológico del Teatro Universal**, el que Chejov pone en boca de Astrov, el médico “medioambientalista” que protesta en un profético parlamento contra la destrucción por el hombre de la Naturaleza, de los bosques, de los ríos, del clima... en nombre del progreso y la civilización. Eso, ¡en 1897! ¿Qué diría Astrov/Chejov hoy en día?



A la pregunta angustiada y a la vez enojada que hace Astrov a la nana al inicio de la obra (1897): “*Aquellos que vivirán dentro de cien años, doscientos años después de nosotros y para quienes ahora desbrozamos el camino, ¿tendrán para nosotros una palabra buena? No, nana. No la tendrán*”, contesta Olga, una de *Las Tres Hermanas*, tres años después: “*La felicidad y la paz llenarán la tierra, y la gente, al recordar a los que ahora vivimos, tendrá para nosotros una buena palabra y nos bendecirá*”.

